

Ramón Buenaventura

ERES

(1986 - 1988)¹

¹ Plaza & Janés, Barcelona, 1989. Premio Miguel Labordeta.

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

Mas una cautela yaze encubierta,
Dixo, que quema muy más que la brasa,
Que todos los que entran en esta grand casa
Han la salida dubdosa e non çierta.

Juan de Mena, *Laberinto de Fortuna*.

Illa cantat; nos tacemus; quando ver venit meum?

Pervigilium Veneris

Tu sol te stessa di cantar sei degna...

Giuseppe Salomoni

*Think before you speak is criticism motto; speak before you think
creation's.*

E.M. Forster

PRÓLOGO

I

Mientras el tiempo ateza
las cicatrices de la estupidez,
dejar de mi inocencia hecha mención.
Con levedad y compostura.

Neófito, ignoraba
los tósigos amargos que revientan las joyas,
desde dentro,
en el salón de lo real; y las esquirlas
de la *belleza*
se ensañaron conmigo
tras el primer sofoco de los valeses.
La ciencia de morir me va enseñando
que la elegancia
es conjunción:
haber vivido
al influjo revuelto de los otros
y la suerte,
para plegarse al orden
de la inocencia.

Poesía.

II

Con ansias al acoso y un rastro de jardín,
sobrevuelo los vientos que me hostigan.
Querría estar exhausto y emprender las crianzas
de la muerte
—tan ubérrima—.

Pero me tiemblo vivo como un asta de sexo,
con la libido en chispa,
con los puños en mecha.

Sigo apresando los conjuros
que los dioses rezongan
con celestial ponderación:
una borrasca de sigilos,
y candilazos
de epifanía humana.

Sigo vallándome las lindes
con aligustre de centellas,
hurgando en los entuertos de mi prójimo
—con los nervios hilados—,
solazando pupilas minerales,
desollando a desiertos las epidermis más extensas,
entrañando delicias; padeciendo
en la memoria la devastación.
Como un ascua de sexo por la carne dulcísima.

Poesía.

Quiero contar
por lo menudo
la lentitud
de los aludes
para quien nunca
aparece debajo
de ninguna catástrofe.

Quiero ser ley
de gravedad terrestre,
generosa.

Quiero legar, pulido
por mi roce,
lo que me fue legado –y una manda
de mejora.

Quiero gastar asombro en cada esquina.
Derrochar la miseria del abrazo.

Como un sexo al acecho por la calle en mujer.

Poesía.
Desgoznada tu puerta,
se accede al escondrijo
de todos
los vocablos.

Donde el cerebro aguarda que lo colme la luz.
Donde el sexo desea que lo enhieste la sangre.

Y escribir es prodigio.
Poesía. Anunciarse
como un ángel de sexo que impregna la experiencia.

Eres
el fruto realista del hallazgo
entre las sombras
versicolores
de los principios transparentes;
el caldero de oro donde encastra
su cepejón el arco iris;
la moneda bruñida que compensa las treguas
impertinentes del lirismo. O
el dios que me confiesa —después de tanto rezo—
que nunca ha sido Dios.
Sólo *mi* Dios: eternidad garantizada
de por vida;
consuelo practicable cuando el solar se inunda
y el sol escancia frío sobre un alba de ciénagas
un día
y otro día, poesía.

Tienes los ojos negros de la Parca
supitaña
y el cabello rabioso de las Musas.
Pero conozco el mínimo
rizo quemado,
rubio indecente,
que trisca por tus cejas:
el cebo contemplado
desde el fondo del agua,
flotante en pedreguilla de relumbres.

Cada vez que me quiero despedir
duermes como un racimo la siesta más lunar.
Tú que jamás has sido blanca. Niña
tan mar Mediterráneo,
con ese busto que te pesa un África
en la balanza de la historia. (El cuello
de pitonisa absorta en el oráculo
ajenamente atroz
no logra sofrenarte la carrera hacia el goce
cuando miras al sesgo
y te enamoras.)
Y te comes las uñas, poesía.

Un poquito.
Y de tu cuerpo sólo he atisbado
un plano interno de los muslos
no pulcramente
desprovistos de vello.
Y apoyas las sandalias en exceso al andar.
Y siempre te me instalas un palmo más allá de las
venéreas ganas.
Y parece que esperas la mejilla del otro
para estamparle un beso
más mojado que el mío.

Pero al pasar me halagas
con la cadera el antebrazo
y yo ¿qué puedo hacer sino quedarme
sentado para siempre a tus respetos?
Alguna vez nos servirán las cañas que tenemos
pedidas,
poesía.

Alguna vez
seremos cómplices
de no sé qué llegada.

Eres,
poesía,
la libertad del mago que te doma
al cabrilleo de la disciplina
por él mismo
tramada:
aquel maldito mantuano,
compositor de stirpes.
Yo borronéo, con jirones
de su abolengo,
el latín perdigado por los bárbaros;
pero el suyo es la glosa
de todos los metales y las eras,
las poleas de métodos
que alojan a los astros en sus casas.
Al compás de las églogas
me laten majestades en las sienes.

Ya
cierra tu acequia; ya
saciados de mi envidia verdeguean los prados.

Claudite iam rivos, pueri, sat prata biberunt.
Virgilio, *Égloga* III, 111

Eres
el agua:
te escapas por los huecos
que no abarcan las sílabas
y fluyes
para siempre,
poesía:
toda esperanza es nube de que vuelvas.

Eres
la réproba:
no es absolutamente imprescindible
que te pinte una carta
d'amour fou,
poesía,
considerando
que nunca autorizaste tu retrato con los músculos puestos.

Te he perseguido las verdades
por todos los rincones del tinglado:

*como conejos corrían,
al susto de la varita.*

¡Qué hermosura,
el botín capturado, poesía:
un sombrero de trucos repleto de confeti
y ristras de percal abigarrado!
Guardarropías malabares.

Una noche, en la cueva de los sexos meninos,
trastrocaste las lágrimas
de crueldad
en labios llagadores.

Solicitaron luego mi mano con maneras
de marica letrado.

¡Qué pujos te vinieron
de concederla,
flor natural,
recién tranzada!

Bailamos como coitos.
Caldeaste una hora en el regazo de mi estufa.
Bebiste demasiado de tu propia ceniza.
Me manchaste la alfombra,
poesía.

No es absolutamente imprescindible
que te pinte una carta
d'amour fou.
Baste un billete
de ternura
y esperar la respuesta en algún otro sitio.

Eres
tu propio tótem y tu tribu propia:
nadie te planta un símbolo en el flanco,
poesía,
mientras fornicas con *tus* dedos
seminales
en *tu* surco.

Pero ¡qué virgen ríes,
poesía,
cuando logro aquietarte debajo de mi peso
y se grita
la garganta
en el gorgor de sílabas con que siembras la lengua!

Logos exacto
de la fertilidad y del encuentro.
Ajuste de las normas
con el magma increado,
poesía.

Eres,
verde y neblina,
aliento de una dríade,
poesía, trivial,
que dependes del árbol en que tomas corteza,
niña,
botánica de ti
y los serpollos que te crecen.
Te estiras más que un puente y te aúpas al cóccix
para otear con buen provecho
el turno de triunfo.
Te aceleras
en seco
calibrando los óptimos,
con tu cruda presteza vegetal.
Ensayas el seísmo que te suma en tu estrato
de carbón,
poesía,
bajo los restos de la Historia
(ese brutal depredador de genes
que describes).
Del cruce de mentiras
nunca obtendrás datos concretos,
niña operística y verdosa. Nada
sino pellizcos en el culo
de clorofila y turba.

Eres,
(perdigón en el iris, cacería en los dientes)
relámpago explicado
en su lección
de vísperas,
incendio muy conciso.

No porque no,
porque afirmando
arrecia el pormenor
de lo superfluo.
Amor de contagiarme con los virus lustrales.
Verso de par en par
hacia la fosa
donde rugen las fieras
translúcidas de celo y destrucción.
Misericordia de eutanasia.
Horror de los cobijos confortables,
poesía.

Pentecostés.

La garra
que se lame y se besa cuando hastía el insomnio,
arrumbando derrotas
sin estrella
polar.
Has arribado ayer con tu propio cadáver
en la barca de piedra
que avizoramos
los optimistas:
hada y Medusa,
poesía,
salve.

Bienvenida nos sea tu impiedad.

Eres
el bestial topetazo
del sol
contra Poniente,
el vertido en el rojo
del albedrío exangüe,
el suceso
vital
del inventor:
los fogonazos del enigma
que va alumbrando mitos
en los verbos.
Eres,
poesía,
cuánta exageración
acumulada.

Eres
—con el otoño muérdago del álamo—,
desde el huerto,
la escuela
de golondrinas
aleccionándome.

En medidas girándulas de vuelos,
repasan la estrategia
del buen sobrevivir a la exigencia propia.

¡Qué intransigente la desenvoltura!

Con sus amagos
de achuzada,
acalambran la alerta de la pausada lagartija;
y la abeja
que arrastra
del verano,
volándose partículas de nuestro desayuno
a la hervorosa madreSelva,
se ofrenda en golosina,
frente al asedio esférico del majadero invierno.

Burocracia biológica.

Eres,
poesía,
profundo estar aquí, bajo el agujero,
enmarañado y alto,
de las severas andurinas.

Abonando el regreso de una hierba
que pisar con frescura.

Eres
una reserva
para letras salvajes
—vastísima sabana prohibida al safari—.

Aquí, los cazadores
furtivos de las vedas venideras
capturarán las certidumbres
y los sosiegos,
poesía.

Impunemente,
nos pasarán a limpio,
nos ficharán en rangos impredecibles
y orientarán con apellidos nuestros
los barrios de los parques
zoológicos.

¡Brindemos juntos por su suerte!

En el reguero de despojos
ellos
admirarán los hitos del talento.
No sabrán la congoja
de nuestras zarpas,
poesía.

Eres,
sobre todo,
bailable,
como Píndaro,
el griego que aleaba los talones
de la Victoria;
el coreógrafo
del entusiasmo.
(Es arriesgado enamorarse
de los arúspices,
poesía:
no otorgan fuero para el necio.
Para el sabio,
sólo pautas
de ritmos.)
Porque jamás los vates horacianos
tolerarán tambores
que les aturdan
el minueto de los pulsos:
tarareables,
recortados,
son la repetición
de lo evidente
que certifica la exquisitez, ¡oh poesía!,
el interés a metro fijo.

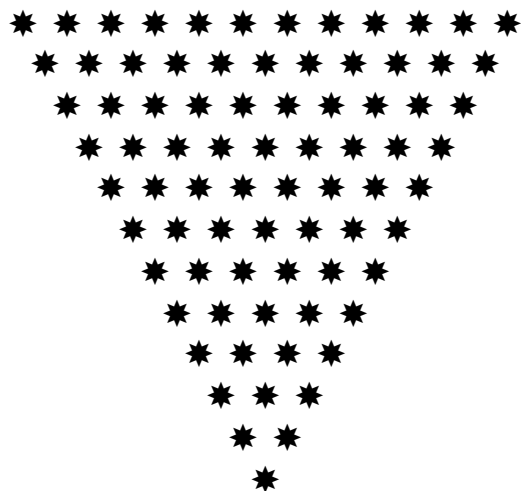
Píndaro suda
y huele a hombre
recogiendo las trizas
del caos
adolescente
al paso de las pruebas iniciáticas.
Todo secreto es coincidencia
de medida y acción,
poesía.
El azar aritmético.

Eres
envejecer contigo y tu belleza,
añadida en el riesgo
de tanta cercanía
cotidiana.

Noblemente..

Eres cumplir el tacto
de tu piel
y seguir recibiendo noticia germinal
de la tierra y del aire y del fuego y del agua.
Eres la gruta
de nuestros genios.
Eres la orgía cíclica, la luna,
la danza ante la hoguera,
la saliva que sana, el designio chamán.

[la pregunta a destiempo que me obtura un poema,
ahora,
sin remedio]



Eres
 el dolor que me aceza
 en el lóbulo
 occipital derecho
 y me tiene de brazos,
 a las horas quebradas de entreluces,
 frente al ordenador.
 Acabo de catar el estro de un poeta que poco había
 leído,
 por flácido y por mustio,
 y el gusto se me huelga.
 Pero duele.
 No el señorito fino: la testuz.
 Porque no soy hipocondríaco
 sólo pro forma pienso en el tumor,
 sin temerlo de veras.
 (Algo voy a morir alguna vez,
 pero hace falta más para matarme.)
 Se me evaden las teclas
 y he marrado al centrar
 los versos diecisiete y dieciocho.
 Allá os las abrochéis, hermanos:
 acoquinados a siniestra. Duele
 y yo me centrifugo
 garlando aquí, con el *tronco* electrónico
 que jamás desatina ni se ofrece,
 semejante al poeta
 aconflonflado
 que me envía con frac
 su editor.
 Malo no es, bueno tampoco; me lo niego
 junto al dolor, embolicándome
 en serios menesteres;
 digital cinegética: hucheo dos traíllas
 sobre el teclado: perros
 que olisquean los signos
 por levantarles una inspiración.
 Pero los cobran antes
 que mi trabuco,
 poesía.
 (Había descuidado,

poesía,
la regla de invocarte,
poesía:
éste es un libro con sistema.)
El dragón se ha apagado: yo,
la doncella,
sé a quiénes dar las gracias,
poesía:
al caballero de los luengos *bytes*
y a ti,
fullera.
Te quiero.
Fullera.

Eres
—bocabajo en la cama y el salvohonor alzado—
un hacha doble y una estasis
expectativa: sólo filos
rijosamente amables,
caderas y cintura,
y un talud
para adjetivos
epicenos.
En la proa, sin duda, el cerebro abejea
de deleites,
poesía.

Eres,
curados tus achares,
a menudo,
la del orgasmo en muchedumbre;
pero, a veces,
cuando atiendo a la rima
de los sofocos,
el cloqueo se afloja en un letargo:
hemos tocado un nervio
de lo real.

Eres
el mapamundo menos mudo,
poesía.

Eres
—en los lacios saraos a la poetambre—
la horcajadura
despatarrada
de montes que entre aullidos
y ayes
lastimeros
y ululatos de urgencia, de atención y de arrobo,
y aplausos
y aleluyas
y clarinazos natalicios en la Prensa
y estruendo de amistades metebocas,
con el gañote atimbalado,
paren
un ratoncillo
con pelarela.
Seas,
poesía,
comadrona del tajo y los testículos:
escarnio
de lo sobrante.

Eres,
preñada por las torpes compañías,
la que aborta el engendro
de la obviedad.

¡Cuánto aburres entonces, poesía,
previsible, obstinada,
con los pies en mitad
de un charquito
de tropos
y la sesera en nimbos
de aerosol
literario!

Nada que ver con nada que suceda
en ninguna cabeza ni en corazón alguno.
Erudita alusión a las cartillas
de ahorro de lectura.
Excitación con *nihil obstat*.
Volupté de sofá y diapositivas.
Concertino sutil
para porra continua y sonajeros.
Imágenes de imágenes
de una lívida imagen
indiscernible.

¡Ay si me fueras, poesía,
mejor mantenedora de tu honra!

Eres,
tozudamente,
el prurito de Islandia y no volver.

No tal vez esa Thule que hechiza de Destino
los confines de Cronos,
sino la auténtica,
la propia:
peñascos detestables,
lugareños con ojos de salina
(en el borde del cielo,
un cerrojo de brumas).

La soledad,
poesía,
si nuestro nombre admite
que solos
se nos nombre;
el tenderete de la cólera
irreversiblemente
civilizada.

El tibio tabernáculo de promesa ninguna.

(Digamos que los bueyes son felices.)

Eres
(¿de dónde manas?), eres
el Río del Olvido:
Limia hispano o Leteo
cuyas aguas arrasan lo que fue,
poesía,
dejando en el presente un limo adánico.

Hondísimo trastorno.
Sin cebar la nostalgia,
sin requerir la empuñadura
de las armas perdidas,
partimos en algara hacia remotas lumbres.
Y queda de nosotros,
atrás,
en lontananza,
un túmulo, un amor,
una tierra baldía.
El horizonte presto para el alba.

Eres
truculenta.

Preferiría
que ilustrases el tiempo con palabras muy simples
como otoño, o reloj,
o tristeza; palabras
que arañen dulcemente,
sin herir,
por lo usadas;
parangones antiguos
de la vereda hacia la tumba.

Y basta de sobarme el corazón
con las palmas calientes,
poesía.

Eres
el hexagramaton de Dios: lo que no existe
y yo comulgo con mis verbos y
me vale
de tejado
para cubrir los dioses en que habito.

Eres,
poesía,
el rotundo transporte
del índice que indica y el índice que,
de la mente de Adán roturando el deseo
y trazando los límites
del territorio
hospitalario.
Eres,
poesía,
tus ojos cuando turbios me bautizan y marcan
como padre.

Eres
el anciano que todas las mañanas,
recalcitrante,
me cuaja en el espejo: un individuo
que limosnea por sus propios rasgos
y sólo la mirada
lo socorre.
(Barrunto de persona.)
Eres,
poesía,
reconocer, no obstante,
que me acepto
por la razón humana
de hacerme con tus piezas la razón.
(Barrunto de motivo.)

Eres
débil:
tú que has puesto en su sitio tantas veces
a la Historia,
tú, sabedora del saber entero
de los hombres,
poesía,
te apocas en susurros ante cualquier sordera
de los frívolos
mandamases del zoco,
o te empeñas en fofas carantoñas
a lo prosaico. Igual que si ignoraras
que tu voz sacramenta los oídos,
que tú criaste las palabras libres,
que la prosa es tu sierva.
Tú, única expresión de la energía,
eres débil,
tan rubia y tan llorona y tan quejosa
y con tanta afición a observarte las venas
con miedo
de cortártelas.

Tú, tierra y eficacia y misterio ordenado,
poesía,
tú, Diosa, que auguraste
la vigilia del mundo
con el primer acento
que punzaste en un ruido,
¿qué tengo yo que te me sientas hija?

Eres,
con la risueña soledad del vicio,
los dedos
por la nuca
y en la espalda los pesos de tu pecho:
la causa
de la gloria
en un solo ademán,
poesía;
el aria de los gozos
y el tacto en *leitmotiv*.

Partitura orquestada del desorden
con que place pecar.

Eres,
con las raíces
tristes,
averiguar tu cuerpo en ramas
y concluir: *no es mío,*
no es permanente, no
le puedo herrar la huella;
teniendo sin embargo mi carne por la tuya,
tan cálida y tan agua,
tan cabal,
tan plena y resistente y penetrable.

Mi carne entre tus frenos,
poesía.

Eres,
guijos los ojos, amatistas;
en las medias astutas,
las serpientes de moda.
A la barra del sitio más cenit de los sitios
de este año sin gracia
de finales del siglo más cenit de los siglos:
hieródula
de los vasos helados,
poesía; madona
del pinchadiscos testarudo
que se empeña en chirriarnos la charla con sus vaticios
de santurrón.

«Dixit Angelus Domini,
con la liturgia floja, abandonado,
por la eubolia arcangélica:
_Preñada estás, muñeca: Dios te guarde
del fruto de tu vientre; Dios te guarde.».

pompompompón pompompompón
pompompompón pompompompón
pompompompón pompompompón
pompompompón pompompompón
pompompompón pompompompón
pompompompón pompompompón

«Fuiste tú, la profeta» desteñida de miel
«quien le supo tomar el tiento a la respuesta...»

Eres
aguaitarte entre sorbos,
como quien no te ve,
como si nunca hubieras acaecido de repente,
y rezarte otra copa,
poesía.
Cualquier embriaguez que justifique
nuestra presencia bajo el mismo techo.

Eres
la que jamas embistes
contra mi boca
cuando te acucio el seno por la blusa,
poesía.

¿Cómo hallar la distancia
de colisión contigo?

Se escuchan en la niebla tus señales
y se gime de espanto
menesteroso.

¿Quizá fabulación,
poesía?

Las sirenas defraudan con la mímica
y jamás se madura por naufragio.

Sobreadogado, mi héroe
esquiva el arrecife junto al tuyo.
Percebes incrustados
en las corazas.
Novelerías.

Eres
más cazurra
que pérfida; y vales
lo que por mano tuya yo dispuse,
poesía:
las sobras de mi lujo de pernada
servidas en un plato
con dibujitos
de personillas. Vales
lo que yo he regalado
que valieras, ¡oh ombligo
universal de las doloras!
Jamás seré aparcerero de tu insania,
nenita
tentacular. Me agosto
de desidia
con la toga de juez y las condenas
a cordojo por mí, inquisidor preboste,
capataz del cariño,
ogro mayor de mis leales ninfas.

No te alcanzo a palpar el sufrimiento,
poesía;
sólo el grueso muestrario
del autismo,
ese remiendo púrpura que en el arca te compran.

Eres
la muerte,
poesía:
resurrección y paraíso
de los que no firmamos el convenio
de la recíproca inmortalidad
con dios alguno;
de los que somos confianza
de conseguir el hombre
y proclamarlo.

Sin pretensiones:
ir cediendo detalles
al futuro.

Eres
la simiente escondida
en el humus helénico:
impulso de creer
en el falo perenne:
la terquedad del cromosoma.

Eres,
poesía

(murmurio de levante en el término *arena*
mientras yo lo agrupaba para siempre
con *bahía y delfines*),

migajilla de mica,
etiqueta solar
con que el pobre muchacho estampillaba,
por tus aréolas difíciles,
un recado fugaz de persistencia;
o la consigna
de abonanzarte en la memoria.

Eres
África.

«Yo nací por aquí,
»sobre esta playa atenta a las palmeras.
»Y extravié el linaje. Fue un destello
»de tu pezón arrecho; un accidente
»de luz
»entre el vislumbre
»y el exilio.»

Aunque la cal y el luto
se entretallen,
mediterráneos —poesía—,
en la angostura de tus piernas,

¿cuándo será el momento de mi parto?

Eres

crear;

forzar conjuntos en la dispersión;
imponer en la guardia del artista,
del *vigilante*,
el zigzag minucioso del terror y del júbilo,
el valor relativo del volumen,
del color,
de la forma,
del perfil.

Montar en un acorde los sentidos,
sajar al descubierto
su sorpresa inicial.

Eres
el eco armonizado
de todas las improntas personales,
poesía.

Crear y que algo crezca,
poesía.

La vena por abuso de no se obstruye.

Eres
de vez en cuando cosas
muy sencillas:
la ausencia de lenguaje
en que narrar la infancia; el drama
literario,
poesía,
de no hallarse por ende explicación alguna,
de tener que vivir
en la metáfora y el ángel.

(Sólo la infancia se vive entera;
el resto es repetir en el destierro
las ceremonias de la patria;
afán de culminar
lo que salió perfecto en el poema
de la niñez.

*Y hacemos un desierto
y lo llamamos paz.)*

Eres
el gesto apalabrado
en que se encresta la tensión; recito
«E adesso taglio»; del pastel
—obediente y mecánica—
brota (Afrodita, ¡oh!,
de chantillí)
desnuda
la *fanciulla*
del Sud-est
(filóloga romana con tesis sobre Lope,
cum laude atque pulcherrima).

Ejecutivo de la martingala,
pronuncio el sortilegio que desviste
toda ficción. Y los eléctricos
ciegan los focos; porteadores
sacan la tarta en andas,
con su relleno doctoral.
Quedo en escena, a oscuras,
abrigando un milagro,
con el rubor del Etna en la retina
y el cuchillo bramándome su carga.

Una idea que no encuentra su equilibrio
de lentejuelas remecidas.

Eres
—pósate, poesía, pósate—
lo mejor que ha hecho el viento
sobre un traje y su molde:
las colinas,
tres veces resaltadas;
el argumento triple
de la conciencia
seducida.

En los relieves que te abulta el aire
se asienta el escabel de los portentos
(una torre de cuerpo casa el cielo y la tierra).
Y la luna
se inclina hacia tu pubis. Y la música
de las seis mil estrellas
se dobla y se desdobra en tu triángulo.
Es venerar palabras escribirte.

Pósate,
poesía,
pósate,
que ya te tengo dicha. Pósate
en la ceñida métrica del viento por tu traje.

Eres
el alboreo en que se canta el mirlo
la sobriedad de plumas
ante el airón
nuboso
de la aurora
este domingo de falsilla.

Impedir que el infierno se alborote,
tan temprano.

Eres
feroz contacto. Aplaca
el taimado tumulto
de tu cutis
en los reflejos
mejor amalgamados,
la reacción joyante
de tu sexo
a las zalás humildes,
poesía,
la presión que repones
con presión derramada
contra el envite.
Y serías
suavidad de entrecejo que no siempre se frunce;
la terneza que el día está añorando
para acatar la angustia.

Eres
la *Reina del Real*
del Tiempo, la que manda
que se acampe o se siga
agotando el sendero;
por pernochar
no sea
que el alba se trasvene por la nava vecina,
sin haberle tensado
la trampa
de los ojos.
Hay que estar donde tú
decides que acontezcan
las añaceas de tu pueblo nómada;
paliar el regocijo
y amadrigarse con la Reina
en lo real
del tiempo.
Un amor riguroso entre jornadas.

Eres
la marcha de los santos
por la ceja de oteros,
siluetas
de trombones y bombos
sobre el crepúsculo en sazón,
hacia la nada,
poesía; y un servidor,
Señora,
canturrea con ellos
junto a la cuna
pudridera del sol;
al revés y hacia atrás,
sobre el disco rayado
—*oh when the Saints
go marchin' in*—
que el chavalín moderno gañitaba
frente a la iglesia
colgada del Estrecho;
a mediodía en punto,
cuando retornan a su calabaza
los poetas.

Hacia la nada, a hosanna en cuello,
santificado voy,
de mí bendito,
poesía.

Eres
la que escoge los puertos
cuando
necesitas océano para ser tu tamaño.
Por rutas estrelleras,
probando el gobernalle
contra la tentación de las honduras
y las radas,
poesía.
Te retiene el capricho
coleccionista
de retenerme,
de conservar en tu catálogo
las raras cualidades
que me atribuyes. ¿Por error?
Tú *siempre* te equivocas,
poesía,
por tus escotes dulcijones
y tu exhibicionismo.
Con este
vetusto poetón que, sin las gafas,
no es capaz de leer lo que le dictas,
¿de qué te quejas?
Los años no han querido coincidirnos
en el mutuo esplendor. Estoy cansado,
cansado de fingir que voto bríos
para lucirme al trote
de tus lomos.
Muy cansado
de acicatarme una ansiedad impropia
de mi edad; de esperarte
en cafés esquinados, como un mozo;
de acogerte en las brechas
más inhóspitas
de la semana amurallada;
de notar un perrillo que me brinca en el pecho
cada vez que te acercas,
poesía.
Eres
la que se aparta lentamente.

EPÍLOGO

Tienes, chamarilero indigno,
esa palabra ahecha entre los dientes
y se te huye y en pos va rastrando
aguaje de cadencias
inabarcablemente anchas:
estela de sentidos que el horizonte cunde.

No llores:
con el orgullo húmedo la magia es imposible
—y el aguapié del poema en bagazo
hará las veces de aguardiente
para las largas digestiones de la excedencia.

Lo que estuvo en un tris de perfección
nos define el recuerdo
en ideales ajedreces.
El esquema del sueño concierta los malogros.

¡Hombre de vida airosa quien sólo se desmiga
ante los ojos lisos de la muerte a su izquierda!

Tú,
juntapalabras viejo,
deja ya de extraerte los caldos del dolor;
resígnate a la paz, y que las letras
al fin te sean leves.

GLOSA REDUCIDA

Esos resonantes necios que en sus vidas completas no han llegado a conocer quinientos vocablos distintos: son los que afirman que una imagen vale más que mil palabras.

Sólo las palabras abonan la captación de la imagen; el ojo, sin verbo, es puro caos —gas— de datos individuales y sin conexión. No hay más conjunto perceptible que el enrollado en nombres.

Poesía es el proceso por el cual la existencia recibe sus palabras exactas, los nombres que permiten reconocerla y reconocernos en ella. La imaginación, por consiguiente, bautiza percepciones.

O:

Imaginar es exactamente componer imágenes, trabar conjuntos, hallar relaciones y darles vida con palabras. Todo acto artístico consiste en crear, a partir de elementos dispersos, un conjunto.

Imaginar es humanizar la realidad.

Es concebir y certificar la existencia del hombre; hacerla creíble.